

LOS TRUCOS DE LA MUERTE  
(1967-1971)

*DULCE PAJARO DE JUVENTUD*  
(*Madrigal para un esqueleto*)

Cumple la mañana su implacable tarea  
de desvelar el fraude del alcohol y la noche.  
Se descubren los huesos su torpeza  
y la saliva está viuda de la lengua.  
El amor, es más frágil que su nombre,  
y zarpa de soledad araña el sexo.  
Cuando, de pronto, tú surges y feliz te presentas,  
espectro de olvidado bufón, zorra de muerte.  
Llegas teñida de mentira y de ti misma,  
amiga, querida amiga para fiesta de amigos,  
recorriendo el salón, sus voces disecadas,  
cuando todos sentimos una absurda nostalgia  
en la noche delirante del sábado,  
de un sábado distinto donde nunca estaremos.  
Putá —no en su honesto sentido declarado—  
lloras sobre un pecho, sobre un hombro, sobre una mesa rota,  
lloras tu distante marido, lógicamente huido,  
la ingratitud, comprensible, de tus hijos.  
Folletín de soledad, buscas carne más fresca:  
no dinero para pagar tu cama,  
cama donde se pague tu dinero.  
Dulce pájaro de juventud, desván de arrugas,  
buitre que la carroña repudiara,  
me miras, con rentada alegría me saludas,  
sollozas con ternura y es tu mano un cuchillo.  
Hay un sapo llorando donde empieza tu pecho  
y alacranes de esperma prestan forma a tus lágrimas.  
Sobre una apagada calavera girando,  
girando idiotamente, como el disco que gira,  
con su sonido roto de música imposible,

girando idiotamente como gira la tierra,  
avanzas hacia mí, me tomas en tus brazos,  
me regalas tu aliento de vino fermentado  
y olvidamos la vida, su vieja cicatriz.  
Pasión para este vaso, pasión donde no beso,  
entre rostros borrados, garabatos de sueños,  
te saludo mi amor, yo también te saludo,  
y observo tu cadáver, su perfecta conducta,  
su apariencia tranquila, su respirar medido.  
Imagino en mi lengua con sabor a desierto  
—oh flor ya desflorada, simiente de la piedra—  
el final más hermoso que tu mirada invoca:  
relicario y gusanos, midiendo tu estatura,  
mutilando curiosos la piel de tu fantasma,  
incrédulos mirando tu furia corrompida,  
la tenaz masturbación de tu esqueleto.

## VALS EN SOLITARIO

*Para Clara Abril de Vivero.*

Extraño ser, y extraño amor, tuyo y mío,  
absurda historia, delirantes imágenes,  
remotos pasajeros en un tren sin destino,  
compañeros entonces, unidos y tan lejos,  
al filo de la vida, donde duerme el silencio.  
Suene por ti, interminable, un vals,  
suenen por ti incansables violines,  
suene una orqueta en el salón enorme,  
suenen tus huesos celebrando tu espíritu.  
Una copa de tallado cristal, alzada al cielo,  
brinde por tu azul adolescencia disecada  
y madera y metal festejen tu retrato,  
de borrosa figura y suave pelo oscuro.  
Suene, suene hasta el fin, el largo trémolo,  
la delicada melodía, vagorosas nubes de pasión,  
bañando de alegres lágrimas tus ojos imposibles,

dibujando en tus labios un desco perdido,  
entrega fugitiva, besando sólo el aire.  
Vals en el tiempo y en la dicha sonámbula  
de la eterna alegría y la más tersa piel,  
riendo bajo luces de radiantes reflejos,  
inmóviles estrellas en la noche fingida.  
Música y sueño, sueño en tecnicolor, ingenuo y cursi,  
tan cursi y tonto que llena de ternura  
en algunos momentos del todo indeseables,  
cuando vivir resulta un sueño más grotesco,  
ligeramente ebrio, cuando no espero nada.  
Oh amor de Mayerling y antigua Viena,  
dulce Danubio y fuegos de artificio.  
Oh amor, amor al amor, que te conserva,  
como un oculto talismán y mariposas disecadas.  
Extraño ser, extraño amor, extraña vida tuya.  
Una gota de sangre en una copa de champán,  
el ruido de un disparo irrumpiendo en la música,  
un helado sudor tras las blancas pecheras,  
no podrán detenerte, hacer cambiar tu paso.  
Tú seguirás, sobre ti misma, bailando siempre,  
soñando siempre, soñando enloquecida,  
aunque caigan, con estruendo de cascote y tierra,  
los decorados techos, las gráciles arañas,  
y rasguen lentamente tu rostro los espejos  
y en un quejido mueran las cuerdas y sus notas.  
Tú seguirás, eternamente sola y desolada,  
girando entre las ruinas, evocando otras voces,  
sonriendo a fantasmas con tímida esperanza,  
en helados balcones abrazada a tus brazos.  
Verás borrar la noche, su temblor inconstante,  
y otra luz, turbia luz, iluminar tu reino.  
Su terquedad cruel descubrirá las ruinas  
y la verdad del tiempo detrás de tus pupilas.  
Pero tú seguirás sin detenerte nunca,  
fantasma ya tú misma, en el gris de la sombra,  
altiva la cabeza sobre el cuello intocable,  
girando para siempre, bailando para siempre,  
frente a la sucia realidad de la muerte,  
frente a la torpe mezquindad de los hechos.  
Tú seguirás, extraño ser, extraño amor,

danzando sola, escuchando impasible  
ese vals de derrota, extraña amiga,  
ese vals de derrota, tu más cierta victoria.

## LOS TRUCOS DE LA MUERTE (Tijuana)

*Para Vivian y Antonio Ramos  
y para Ed Baker.*

Cuando tocas la copa de cristal, tocas la muerte,  
en el tequila transparente, en el mezcal amargo, bebes la muerte,  
en tu frente y mis manos, en los ojos que miran,  
un desierto se agrieta con muñones de muerte.  
Suenan la música en cuerdas de la muerte  
—de la muerte más clara, más muerte de sí misma—  
y es la sal de repente su pesada ceniza,  
y el limón más amargo su sabor desvelado.  
En esta noche con su pañuelo azul y su boca pintada,  
la muerte nos saluda alegre tras la mesa.  
Y nada podemos hacer, nada puede ayudarnos,  
porque hemos venido aquí para encontrarla,  
para verla pasar y pasear por estas calles,  
para oírla cantar, reír en las botellas,  
bajo la luna falsa de neón y cansancio.  
Multiplicada muerte, morena o pelirroja,  
moviendo terca sus pechos, la furia de sus muslos,  
entre sudor de rostros al pie de su condena.  
Besa, besa su sexo, tú, que estás más cerca,  
pudridero de alcohol, turbia mirada,  
húndete, muérete, resucítate, al filo de tu lengua,  
allá donde palpa y devora y resbala,  
allá como un hocico insaciable de perro  
hoza y desgarran la oveja desventrada,  
sus grotescas patas donde silba el viento,  
allá donde los huesos quebrantados del perro  
y sangre sucia y apagado pellejo,  
son en la carretera cubil de zopilotes,

oscura forma inmóvil, aletazos de sombra,  
besa, besa, húmedo pelo, piel de tu destierro.  
Cuando tocas la copa de cristal, tocas la muerte,  
la muerte con su sombrilla rosa en el oculto callejón,  
la muerte con los labios perdidos de una canción sin nombre,  
la muerte —parece tan sencillo— simplemente la muerte.  
Pero hemos venido aquí, tal vez sin conocerlo,  
para ahogar para siempre el terror de sus gestos,  
hemos venido a conjurar la vida,  
el miedo hipócrita a nuestro único dominio.  
Hemos venido a aceptar la verdad que no existe,  
la huella de una huella, la saliva de un sueño.  
No duerme la ciudad, no está despierta,  
y un remoto reloj mide inútiles horas,  
mide el tiempo de nada, la realidad vencida,  
calendario implacable de números vacíos.  
Cuando tocas la copa de cristal, tocas la muerte,  
y hay un cierto valor y cierta complacencia  
en oír tiernamente crujir el esqueleto,  
esperpento de muerte, imagen de la vida,  
mientras habla el silencio con frases que ignoramos  
y golpean las luces con su hueco de ola.  
Cuando tocas la copa de cristal, tocas la muerte,  
y un trago lento alienta su derrota,  
esparciéndose espeso sobre el sexo apagado,  
la oveja sin pupilas, el negro zopilote,  
el perro y su carroña, las moscas de su lengua.

#### NOTICIA DE LA MUERTE EN UN PERIODICO

*(Homenaje a Ernest Hemingway)*

El viejo cazador cantaba  
una canción alegre,  
—recuerdo de su pasada juventud—  
mientras armaba el rifle.  
Frente a frente, inmóvil,  
un león le miraba, impasible  
observaba sus controlados movimientos.

El viejo cazador siguió cantando  
mientras las balas iban entrando en la recámara.  
Un segundo, tal vez culpa de la canción,  
recordó su juventud, su vida  
como una vaharada de pólvora y alcohol.  
Montó con lentitud el arma y apuntó con cuidado,  
sus dedos, firme y delicadamente, casi un arte, apretaron el gatillo,  
—el león seguía quieto, delante, contemplándole—  
sonaron dos disparos en el amanecer.  
Astillas de hueso, pelo y piel, saltados dientes,  
pequeños fragmentos del cerebro, gotas de sangre,  
se esparcieron por el amplio espacio.  
Al día siguiente, todos los periódicos del mundo  
anunciaban con tristeza la muerte de un león.

## UN AÑO DESPUES DE YA NO VERTE

*(Corrido mexicano)*

*Este es el corrido del caballo blanco  
que en un día domingo feliz arrancara.*

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ

Olor de solitario y soledad, cama deshecha,  
cegados ceniceros en esta tarde de domingo,  
helado soplo de noviembre en el cristal  
y un vaso medio lleno de cansancio.  
Te escribo por hacer algo más inútil aún  
que pensar en silencio o imaginar tu voz,  
o escuchar una música herida de recuerdos,  
o pedir al teléfono un absurdo milagro.  
«Este es el corrido del caballo blanco  
que en un día domingo feliz arrancara.»  
Este es el corrido pero nadie canta  
y un muerto con mi nombre, vestido con mis trajes,  
me saluda y observa por los cuartos vacíos,  
me mira en la distancia como si fuera un niño  
y acaricia en sus dedos un rastro de ternura.  
Sobre su frente inmóvil va cayendo tu nombre

y humedece sus labios una lluvia perdida.  
Olor de soledad y humo de aniversario  
mientras busco, dolorosamente trato de recordar,  
tus dos ojos insomnes con su vaho de mendigo,  
devorando su luz, ahogando su locura.  
Tus dos ojos como picos de presa que se clavan  
y rasgan y desgarran la piel de nuestro amor.  
Soplo de embriagado recuerdo, agria melancolía,  
rescoldo que tu lengua aún enciende  
en estas horas de *strip-tease* solitario  
en que celebro en tu derrota todas las derrotas.  
Un año después y tu pelo, tu largo pelo  
ardiendo desbocado entre mis manos,  
clavado para siempre en esta almohada,  
recorriendo esta casa, sus rincones y puertas,  
como un viento insaciable que buscase su fin.  
Un año después de ya no verte,  
definitivamente talando en tu memoria,  
qué real sigues siendo, qué difícil herirte.  
La sosegada certidumbre de esta mesa en que escribo  
puede tener la pasión estremecida de tu piel  
y la ropa que el sillón desordena  
puede ahora ocultar el temblor de tus pechos.  
Sobre tu sexo abierto y tus muslos de arena,  
sobre tus manos ciegas que persiguen la noche,  
qué triste es el cuchillo, qué aciaga su hoja.  
Un muerto con mi nombre y mis uñas mordidas,  
un cadáver grotesco, me dicta estas palabras,  
me señala en los cuadros, en la pared manchada,  
el destino de hoy, de este día cualquiera,  
al borde de mi vida, al borde del invierno,  
al borde de otro año que empieza con tu ausencia,  
al borde de mis ojos y tu voz que ahora escucho.  
Un año después de ya no verte,  
mientras te escribo, odiando hasta la tinta,  
en esta tarde de noviembre, olor de solitario y soledad,  
helado soplo en el cristal vacío. Un muerto.

## ACERCA DEL INCESTO

*(Homenaje a Georg Trakl)*

Buscó los labios de su hermana,  
sus dientes, con irritante terquedad,  
un ligero temblor, un breve escalofrío,  
entrechocaban —quizá fuese la droga—  
hundió en ellos, con avidez, su lengua,  
y su figura fué borrándose, disuelta  
en la penumbra familiar del cuarto.  
Años después,  
golpeaban a lo lejos los cañones,  
sobre sus sábanas de loco vio alzarse un cuerpo,  
su húmedo olor, la longitud del tacto.  
Buscó, sin dedos, la boca deseada,  
la carne herida del amor y el delirio,  
la claridad oscura de la cocaína,  
sus ojos y aquellos ojos y algo más.  
Besó sus labios en sus propios labios  
y sintió arder la sal de su saliva.  
Lejos, muy lejos, terriblemente lejos,  
una mujer aullaba en el último espasmo.  
Con asombro, la muerte dio constancia  
de algo que jamás pudo imaginarse:  
un estertor sin ruegos y sin llanto,  
la agonía de un muerto, el terror de la vida.

## DECLARACION DE FINALES

¿Por qué no puede ser la primera semana vida entera  
o al menos durar un año, un mes quizá?  
¿Por qué este infierno incansable me sigue  
y esta torpe paciencia donde vivo el infierno?  
Sentado a los veintiocho años de mi edad,  
apoyado en mi sangre, recostado en mis huesos,  
en su madera dura, en su cierta constancia  
de alquilado esqueleto, de anónimo comparsa,

espero un tren que nunca llegará,  
la nostalgia de un sueño que jamás he tenido.  
Con renovado asombro mido mi prematura calavera,  
el pelo que me falta, la sed de mi tristeza  
y recuerdo, aunque en vano, horas más hermosas  
cuya luz, casi brasa, todavía calienta mi terco corazón.  
Y sé que no es tu culpa; tú haces lo que puedes,  
ni mía enteramente; tal vez no sea de nadie,  
pero es la misma soledad cercada,  
mi impotencia de perro frente a un muro,  
la que llega esta noche —y no tu amor—  
la que se acerca, con irónico gesto, a visitarme.  
Y ahora puedo con ella hablar de viejos tiempos,  
de viejas ilusiones, fugaces y adornadas,  
de primeros momentos, de primeras semanas,  
buscando en otras vidas sus más ocultos hechos,  
hiriéndonos de pronto y besándonos luego,  
felices propietarios de mágicos recursos.  
Así mi historia habita a lo largo del tiempo  
en primeros instantes y en primera persona,  
en tantos rostros bellos o tan sólo excitantes,  
recorriendo mi frente o hundidos en mis brazos,  
para llorar más juntos, para reír y odiarnos,  
esperando consciente su fin inevitable.  
Porque he amado poco, aunque a ti sí te amé,  
y buscado el amor como un gato furioso,  
contradicción extraña que no puedo explicarte,  
histérica inconstancia cuya deuda he pagado.  
En esta casa hoy, tan lejos de mi vida,  
mientras duermes, lejana, en el cuarto de al lado,  
es la soledad quien conversa conmigo,  
quien trae rostros remotos para que me acompañen  
y nada puedo hacer y tú tampoco nada,  
para cerrar sus ojos que implacables me miran.  
Seres de tantos años y de tantos lugares  
en cuya vida quise, sin conseguirlo nunca,  
fundirme hasta su espíritu, entregarles el mío.  
Y me vuelvo hacia ti y me abrazo a mí mismo,  
y me vuelvo hacia ti y me abrazo a mí mismo,  
y me miro con asco al final de mis manos,  
pero existo, lo sé y no puedo engañarme.  
Mientras guardo silencio —ya por fin estoy solo—

escucho cómo ríen tantos labios perdidos,  
tantos huecos profetas de todos mis fracasos,  
y me siento agotado para seguir luchando,  
repitiendo «te quiero» en medio de un desierto.  
¿Por qué el amor me ha de morir tan pronto  
y en nuevos seres, con inútil engaño,  
buscar de nuevo lo que sé más efímero?  
Grotesco ser, explorador cruel de mi egoísmo,  
enloquecido espía de mil contradicciones,  
heredadamente triste y quejándome en vano,  
sin poder darte nada sino estas palabras,  
este sucio relato de mi tiempo conmigo  
y ninguna certeza para el tiempo que viene.  
Una mano, la mía, y un poco de valor,  
tal vez fueran bastante para cerrar el cuento,  
para escupir con sangre a la vida imposible  
lo que ella imposible como vida me dio.  
Pero nada ha de ocurrir que cambie nada  
y seca soledad, pensamiento embotado y miedo a despertar  
serán el fin barato del número aburrido;  
sobre una colcha oscura, un cuerpo que envejece  
con su vacua apariencia de camello olvidado.

Tristeza de esta noche, terror de estar aún vivo,  
escribiendo las sílabas de todas las derrotas,  
lúcidamente odiando mis símbolos rasgados,  
mirando como un ciego tu imagen en la sombra,  
mis leyes corrompidas, las vidas de la muerte.

## RIO SIN RETORNO

*(Con Marilyn Monroe y Ernesto Cardenal)*

Mientras Heinrich von Kleist miraba con ojos apagados  
la mujer, la pobre compañera definitiva,  
esperando lentamente su turno, abandonado  
en la pequeña fonda de provincia,  
exactamente entonces, con la torpeza del Nembutal  
—un pesado sopor, cierta dificultad de hablar—  
exactamente entonces, tú te agarrabas al teléfono

como a una cruz de moribundo,  
como a otra mano tuya, salvadora y cálida.  
Mientras el sabio Empédocles  
contemplaba la azul extensión mediterránea  
abriéndose como la puerta final de su sabiduría,  
entonces, sé que fue entonces,  
sonó extrañamente un teléfono  
junto al cálido baño de Cayo Petronio Arbitro,  
en las aguas heladas del Duina,  
en la oreja desgajada de Vincent Van Gogh,  
se repitió interminable su llamada  
en las campanas decimonónicas de Bogotá,  
cuyo monótono repique interrumpió un disparo.  
¿Qué estaba ocurriendo, sí, entonces,  
exactamente entonces, qué sucedía?  
Mientras tú te aferrabas, tenaz, al teléfono y te hablabas,  
y te hablabas inútilmente a ti misma  
para decir al fin las únicas palabras imposibles.  
Cuando el gas apagaba la mirada melancólica,  
casi niebla, de Virginia Woolf,  
cuando la sogá quebrantaba la garganta de Gerard de Nerval  
y un espeso vómito ahogaba la de Malcolm Lowry,  
tú hablabas definitivamente con la muerte,  
y le explicabas tu soledad, tu desamparo último.  
Y sin saber que tú misma eras la muerte,  
te dirigías a la pequeña niña del orfanato,  
contemplabas el esplendor de tu desnudo en el calendario,  
ingenuos sueños, caprichos, pequeñas frustraciones,  
amor, insomnio, mentiras, y aquel teléfono que nadie contestaba.  
Esta tarde la voz grabada, compasiva y tierna,  
de Ernesto Cardenal, implora por ti a su Dios,  
le recomienda el cuidado de tu espíritu.  
—¿Pero aquella carne, el rubio inolvidable de tu pelo, aquellos labios,  
a quién implorar, a quién pedir por ellos?—  
Sobre tanta sien o corazón saltado,  
rasgadas venas, pastillas lívidas al alba,  
asfixia, agua impasible, pólvora,  
sobre tanto cadáver cuyo valor nos honra,  
yo quisiera simplemente desearte la paz.  
La que espero que goces mientras escribo estas palabras,  
y en el tocadiscos de mi casa, frente a una fotografía tuya,

Ernesto Cardenal habla de ti, y muerta  
vives ahora, lo mismo que vivías entonces,  
cuando igualmente muerta fingías tu existencia  
y llorabas y reías, como todos nosotros,  
en esta pequeña fiesta interrumpida  
cuando la luz se apaga de pronto y para nada.

JUAN LUIS PANERO  
Avenida de América, 6, 9.º  
MADRID